

XIV

Á LA SEÑORITA GERMANA DE FREYDET

Villa Buen Retiro.

PARIS, PASSY

Café de Orsay, á las once, almorzando. De dos en dos horas, y más frecuentemente si puedo, te enviaré, como ésta, una tarjeta postal cerrada, tanto para calmar tu angustia, hermana querida, como por la alegría de estar junto á ti todo este gran día, que espero acabará con la victoria, á pesar de las defecciones del último instante.

Picheral me decía no ha mucho una frase de Laniboire: «Para entrar en la Academia se lleva

la espada al cinto, no en la mano.» Es una alusión al duelo Astier. No soy yo quien se ha batido; pero el animal respeta más su rasgo de *sprit* que la promesa que me había hecho.

Tampoco puedo contar con Danjou. Después de haberme dicho tantas veces: «Sea usted de los nuestros,» esta mañana, en la Secretaría, me ha dicho al oído un «hágase desear,» que es quizá la frase mejor de su repertorio.

No importa. Voy bien. Mis competidores no son de temer: ¡el barón Huchenard, autor de *Los habitantes de las cavernas*, académico! Se levantaría en masa la gente.

En cuanto á Dalzón, me parece el colmo de atrevimiento. Tengo su famoso libro en mis manos. Dudo si utilizarlo, pero que vaya con cuidado.

A las dos.

Estoy en el Instituto, en casa de mi caro maestro, donde esperaré el resultado de la votación. Es una idea ¿eh? Me parece, sin embargo, que mi llegada, á pesar de estar anunciada, ha perturbado algo. Nuestros amigos acababan

de almorzar: ruido de sillas y puertas que se cierran. Corentina, en vez de introducirme en el salón, me ha empujado hacia los archivos, donde ha venido á encontrarme mi maestro, con el aire molesto, hablándome en voz baja, aconsejándome la mayor reserva: ¡y muy triste!

—¿Hay malas noticias? le he preguntado.

—No, no, mi buen amigo: y luego, con un apretón de manos, ha añadido: ¡Buen ánimo!

De algún tiempo á esta parte no parece el mismo: se le ve desbordar la pena y lágrimas que oculta. Alguna pena secreta que nada tiene que ver con mi candidatura, pero sí con mi actual estado de espíritu.

Más de una hora de espera.

Me distraigo mirando, al otro lado del patio, por la gran vidriera de la sala de sesiones, las filas de bustos de académicos difuntos. ¿Será un presagio?

A las tres menos cuarto.

Acabo de ver entrar á todos mis jueces, 37, salvo error: la Academia en pleno, puesto que

Epinchard está en Niza, Ripault-Rabín en cama, y Loisillón en el Père-Lachaise.

¡Qué soberbia la entrada de todos aquellos ilustres! Los jóvenes, lentos y graves, la cabeza inclinada como por el peso de una gran responsabilidad; los viejos, alegres y vivas las piernas: algunos gotosos y reumáticos como Courson-Launay, han hecho entrar su coche hasta la escalera, apoyándose en el brazo de un colega.

Antes de subir formaban corros, y hablaban con grandes gestos y movimientos de hombros. ¡Cuánto daría por oír esta última discusión de mis probabilidades!

Entreabro suavemente la ventana; pasa un coche cargado de maletas, y entra con gran estrépito en el patio; baja un viajero lleno de pieles con una gorra de fieltro, Epinchard, que viene expresamente de Niza para darme su voto. ¡Qué buen corazón!

Luego pasa mi maestro, inclinado bajo su sombrero de anchas alas, y hojeando el ejemplar de *En cueros vivos*, que me he decidido á entregarle. ¿Qué quieres? ¡Hay que defenderse!

Luego no quedan ante mis ojos más que

dos coches que aguardan, y el busto de *Minerva* de centinela.

¡Oh dios! ¡Protégeme!

Arriba empieza la lista de los nombres y el interrogatorio, en el cual cada académico debe afirmar al Director que su voto no está comprometido. Simple formalidad, como ya supondrás, y á la cual se responde con una sonrisita negativa, como un muñeco de esos chinos que mueven la cabeza.

¡Cosa inaudita! Acababa de dar el telegrama á Corentina y respiraba en la ventana tratando de leer en la sombría pared de enfrente el secreto de mi destino, cuando diviso en la ventana que está al lado de la mía, á Huchenard, tomando también el fresco.

¡Huchenard, mi contrincante, el mayor enemigo de Astier-Rehu, instalado en su gabinete! Sorprendidos los dos, nos hemos saludado, y después nos hemos metido dentro á la vez.

Pero está ahí, le oigo y le siento detrás de este tabique. Seguramente espera, como yo, la decisión de la Academia; pero él en el ancho

salón de Villemain, mientras que yo me ahogo en este cuchitril lleno de papeles viejos.

Ahora me explico la alarma que ha causado mi llegada; pero ¿cómo se explica? Hermana mía, mi cabeza se turba. ¿De quién se burlan aquí?

¡Desastre y traición! ¡Baja intriga académica, cuyo secreto no conozco todavía!

Primer escrutinio.

Barón Huchenard.....	17 votos.
Dalzón.....	15 »
Vizconde de Freydet.....	5 »
Moser.....	1 »

Segundo escrutinio.

Barón Huchenard.....	19 votos
Dalzón.....	15 »
Vizconde de Freydet.....	3 »
Moser.....	1 »

Tercer escrutinio.

Barón Huchenard.....	33 votos.
Dalzón.....	4 »
Vizconde de Freydet.....	0 (!!)
Moser.....	1 »

Evidentemente, entre el escrutinio segundo y el tercero ha debido circular el ejemplar de *En*

cueros vivos, pero en provecho del barón Huchenard.

¡La explicación! ¡La quiero! ¡La exijo! ¡Y no saldré de aquí sin que me la hayan dado!

A las cuatro.

Ya te figurarás, querida hermana, con cuánta emoción, después de haber oído en la habitación de al lado al señor y á la señora Astier, y al viejo Rehu, y á un sin número de visitantes, felicitar y dar el parabién al autor de *Los habitantes de las cavernas*, he visto abrirse la puerta del Archivo, y á mi maestro adelantarse con las manos tendidas:

—¡Perdóneme usted...!

¡El calor y la emoción le ahogaban!

—¡Perdóneme usted! Me tenía agarrado: he debido... debí... creí que así alejaba una gran desgracia que me amaga; pero nada de lo que está escrito deja de suceder, ni siquiera con una gran cobardía.

Me arrojé en sus brazos abiertos, sin odio y sin comprender qué pena misteriosa le atormentaba.

En definitiva: todo se reparará, y pronto. Tengo las mejores noticias de Ripault-Rabín: es probable que no pasará de este semana.

Una nueva campaña, hermana mía. Desgraciadamente el salón Padovani estará cerrado todo el invierno, por el luto.

Nos quedan como campo de maniobras los días de las señoras Astier y Ancelín y el de la señora Eviza, cuyos lunes son decididamente favorecidos y consagrados por el Gran Duque. Pero ante todo, querida hermana, tendremos que mudarnos. Passy está demasiado lejos, y la Academia no va hasta ahí.

Dirás que vuelvo á zarandearte, pero es cosa importante. Mira á Huchenard, sin otros títulos al sillón vacante que sus recepciones. Como aquí, con mi buen maestro. No me esperes.

Tu amante hermano,

ABEL DE FREYDET.

El voto único que ha obtenido Moser en los tres escrutinios, ha sido de Laniboire, ponente de los premios á la virtud. Háblase de una anécdota picante. De todos modos, ¡qué cosas hay bajo esa cúpula! ¡Y qué comedia!